



Reg. SupGen.: 06/2015/01

Madrid, 8 de junio de 2015

Queridos hermanos Congregantes, Laicas y Laicos M.SS.CC., colaboradores de los Centros Educativos Joaquim Rosselló, de la Fundación Concordia, de la Procura de Misiones y todos aquellos y aquellas que de un modo u otro os sentís vinculados a nuestra familia misionera y sacrificial:

UNA ESPIRITUALIDAD ATRACTIVA

Una de las ideas del Papa Francisco que más me ha hecho reflexionar durante este Año de la Vida Consagrada que estamos celebrando es aquella que manifestó a los Superiores Mayores de Italia con estas palabras:

“Ante todo, la vida religiosa ayuda principalmente a la Iglesia a realizar esa «atracción» que la hace crecer, porque ante el testimonio de un hermano o de una hermana que vive de verdad la vida religiosa, la gente se pregunta: ‘¿Qué hay aquí?’, ‘¿Qué es lo que impulsa a esta persona a ir más allá del horizonte mundano?’. Diría que ésta es la primera cuestión: ayudar a la Iglesia a crecer por la vía de la atracción. Sin preocuparse por juntar prosélitos: ¡Atracción!”.

Es un modo sugerente de formular lo que la Vida Consagrada está llamada a ser y hacer para que la Iglesia se muestre ‘atractiva’ y así ‘*ensanche el espacio de su tienda*’ no por la vía del ‘marketing’ o de la propaganda, sino porque cuestiona e invita a acercarse, a participar, a identificarse, a pertenecer, a permanecer en ella... Un reto tanto más actual cuanto que lo que muchas veces parece suceder es precisamente lo contrario.

Me pregunto qué haría falta para que la Vida Consagrada sea y sepa mostrarse como ‘atrayente’ para los hombres y mujeres con los que camina en este mundo. Más en concreto, me preocupa qué vamos a responder como Misioneros de los Sagrados Corazones a ese interrogante y qué podríamos aportar para ayudar a que la Iglesia crezca atrayendo.

Nos sentimos atraídos hacia lo que nos falta o necesitamos y por eso lo buscamos desde lo más hondo de nosotros mismos. Por tanto, la Iglesia será ‘atractiva’ si logra conectar y dar respuesta a esos anhelos profundos que laten en el corazón de la humanidad, sabiendo entender sus ‘gritos’ y saliendo a su encuentro con un lenguaje y unos gestos comprensibles y oportunos. En el fondo, es lo mismo que el P. Joaquim quería decir cuando pensaba en la Congregación como ‘*competente socorro*’.

Por eso, al celebrar la Fiesta de los Sagrados Corazones en este año en que celebramos también nuestro 125 cumpleaños, quiero recoger este desafío que el Papa nos lanza porque me parece que puede ayudarnos a releer nuestra espiritualidad como ‘dinamismo de atracción’.

Entendiendo, que lo que voy a decir no sólo sirve para los religiosos, sino también para los laicos y laicas que han decidido compartir con nosotros vida y misión pues se han dejado ‘atraer’ por el carisma que el Espíritu del Traspasado regaló a la Iglesia por medio del P. Joaquim Rosselló.

Atraídos por un Dios con Corazón

Antes de pensar en atraer a otros, es preciso que nos reconozcamos como ‘atraídos’. Nuestro ‘centro’, en efecto, no está en nosotros mismos. No pretendemos, como dice el Papa, invitar a nadie a acercarse a una Iglesia ‘autorreferencial’, que vive mirándose el ombligo, enredada en sus problemas, preocupada por sus estructuras. Lo que nos arrastra no es el deseo de pertenecer a un ‘club’, a una ‘organización’ o a una ‘asociación’ cuyo foco de atención es ella misma.

Lo que realmente nos atrae como familia carismática es la llamada de un Dios que tiene Corazón:

“El Fundador centró su espiritualidad en que Dios es amor y por ello desea atraer a todos hacia sí para comunicarles su felicidad eterna” (Reglas 7).

Hay imágenes de Dios que alejan, que repelen, que provocan rechazo y distancia: El Dios frío e impenetrable, el Dios Juez, el Dios del miedo, el Dios vengativo y justiciero... Pero el Dios que el P. Joaquim experimentó en su vida es un Dios ‘atrayente’. Atrayente por su bondad, por su ternura, por su compasión, por su misericordia, por su capacidad de perdón... Un Dios que nos desea y por eso nos invita a acercarnos a él para compartir sin exclusiones su propia felicidad.

Rasgos de una espiritualidad atractiva

Esa invitación resuena en las palabras de Jesús, y precisamente en el único texto evangélico en el que nos revela explícitamente las características de su Corazón:

“Venid a mi todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11,28-30).

No en vano nosotros hemos descubierto que no existe una ‘fotografía’ más expresiva de ese Dios ‘atractivo’ que la que nos muestra a Jesucristo en la cruz con el corazón traspasado, y a María aguantando de pie en el Calvario, con el corazón lacerado, en la hora del mayor amor.

Por eso, cuando el P. Joaquim habla de los Sagrados Corazones, se sitúa en esa misma clave de comprensión y nos los presenta como ‘centro de atracción’. Sucede así lo que con aquella zarza ardiente que llamó irresistiblemente la atención de Moisés (Éx 3,1-3) pues también en ellos quema un fuego que no se apaga:

“De la devoción a los Sagrados Corazones nada tengo que advertiros (...). Son el centro de la más ardiente caridad, el Foco del amor más puro, al cual deben acudir, y acudirán, sin duda, a no tardar muchos años, aquellos cristianos flojos en el servicio de Dios, fríos, más diré, helados en cuanto atañe a la caridad con Dios y con el prójimo” (Notas).

Particularmente, estoy convencido de que nuestro carisma sacricordiano tiene todos los ingredientes para provocar esa ‘atracción’ deseada por el Papa, de modo que la Iglesia se transforme en una ‘casa de acogida y escuela de comunión’ para la humanidad. O, dicho con una imagen más

nuestra, en un ‘oasis de cordialidad’ donde pueda de verdad experimentarse esa felicidad que orienta todas nuestras búsquedas y que sólo el Dios Amor nos puede comunicar.

Por tanto nosotros, los que formamos parte de la familia misionera de los Sagrados Corazones -laicos y religiosos-, los que nos hemos sentido focalizados por ese ‘centro’, los que hemos querido que nuestra vida se abra en ese fuego, preguntémosnos en qué vamos a contribuir a la hora de ayudar a la Iglesia a ‘crecer por atracción’.

O, dicho de manera más concreta y quizá más humilde, ¿de qué manera habríamos de vivir para que el testimonio de nuestra vida provoque esa ‘atracción’ de la que habla el Papa? ¿Cuáles son, en definitiva, los rasgos que harían que una comunidad cristiana (¡empezando por las nuestras!) congregada en torno a los Corazones traspasados de Jesús y de María y convocada por la misma experiencia de Dios que sedujo al P. Joaquim Rosselló resultase atrayente?

Atrayentes desde el desierto

Nuestra historia de familia comienza en el desierto, donde nos reunimos arrastrados por una llamada en la que Dios, como diría el Papa Francisco, ha ‘primereado’:

“Porque Dios nos ama, nos atrae, nos lleva al desierto y nos habla al corazón” (Reglas 54).

El desierto no es para nosotros un lugar terrible y desolado, lleno de pruebas y tentaciones, sino un ámbito privilegiado de encuentro al que hemos sido conducidos por el Dios Amor para entablar con Él una relación íntima y cordial.

Si le ‘dejamos hacer’, si consentimos en ser atraídos, experimentaremos qué significa ‘renovar el amor primero’ (Ap 2,3-5) para que no se enfríe ni caiga en la tibieza como tantas veces nos sucede cuando la rutina priva nuestra vida de ardor y de pasión.

Es preciso recrear continuamente aquel primer encuentro con el Señor Jesús que un día nos atrajo hacia su Corazón, para caldearnos y rehacernos en su Fuego, para que vuelva a ser el centro en torno al cual pivota todo cuanto somos, hacemos y ofrecemos. Hay que dejarse llevar por esa llamada que un día nos sedujo para permanecer junto a Él, para sentarnos cotidianamente a sus pies y alimentarnos de su Evangelio.

Asumimos así las actitudes del Corazón de María abrasado por el Espíritu de Pentecostés. Ella la mujer contemplativa y disponible, modelo de seguidores y seguidoras que escuchan y ‘rumian’ en lo profundo la Palabra que nos ilumina, nutre y sostiene en nuestra búsqueda prioritaria del Reino de Dios.

Si nos decidimos a actualizar y concretar la dimensión contemplativa de nuestro carisma en la línea que nos pide el Capítulo, si nuestra oración se arraiga de verdad en el corazón, cambia nuestra mirada y transforma la vida, si somos personas que cultivan la interioridad y viven desde dentro, si sabemos ofrecer y facilitar tiempos y espacios en los que compartir la plegaria y la celebración de la fe entre laicos y religiosos... seremos ‘atrayentes’ y podremos convocar y acompañar a otros a esa misma experiencia.

Así el desierto se poblará de *comunidades* y *grupos-oasis* que, en medio de la aridez y el frío que provocan la superficialidad, el inmediatez, el materialismo..., despierten el deseo de acudir a

ellos para buscar juntos ese agua viva que apaga la sed de sentido que anida en lo más profundo de cada una y de cada uno de nosotros.

Atrayentes desde la comunidad

El amor del Padre nos convoca, nos mantiene unidos y nos reúne para vivir como los primeros cristianos, *'con un solo corazón y un sola alma'* (Hch 4,32).

Hemos sido 'atraídos' hacia la comunidad para hacer de ella el ámbito donde sea posible vivir el mandamiento nuevo de Jesús que nuestro Fundador se atrevió a reformular desde su espiritualidad sacricordiana:

"Amaos mutuamente, como los Sagrados Corazones de Jesús y de María os aman. Amaos os ruego y, sintiéndome en estos momento movido de aquella ternura propia de un padre con sus hijos, cuando ve acercarse su última hora, amaos mutuamente os repito; y recordad siempre que éste fue el último precepto de obediencia que os impuse al morir" (Notas).

Los Sagrados Corazones son en sí mismos un símbolo elocuente y un modelo de comunidad, pues nos hablan de unidad y de comunión en el amor, de existencias entrelazadas, de vida compartida, de comunicación profunda, de vínculos estrechos, de relación cordial...

La insistencia paternal del P. Joaquim en su testamento espiritual nos ayuda a entender que la *'intensa caridad fraterna es distintivo muy conforme al espíritu de nuestra Congregación'* y, por tanto, otro de los aspectos esenciales en que se juega el potencial de atracción de nuestro carisma:

"Que ese amor fraternal os dé a conocer en todas partes por verdaderos discípulos del Corazón de Aquel que dijo a sus amados Apóstoles: 'En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros'" (Notas).

¿Quién desearía formar parte de una familia mal avenida? ¿Quién querría adherirse a una comunidad cristiana que no estuviese centrada en el mandamiento del amor? Ése es, pues, el primer testimonio que este mundo tan dividido, tan competitivo y tan lleno de conflictos espera de nosotros, muchas veces tentados de personalismos e individualismos, de activismos y dispersiones que deterioran las relaciones y bloquean la comunión.

No se trata de responder a expectativas inalcanzables, sino de priorizar lo que de verdad es importante, tejiendo la convivencia con pequeños gestos que hacen la vida de cada día. Seremos 'atrayentes' si sabemos perdonar y disculpar las ofensas, si somos pacientes con nuestros defectos, si aceptamos nuestros límites y aplaudimos nuestros logros, si nos miramos con simpatía, si desterramos celos, sospechas, murmuraciones y envidias, si integramos las diferencias para que no sean motivo de enfrentamiento, si percibimos la diversidad como riqueza y posibilidad, si cuidamos unos de los otros, si nos ayudamos mutuamente a llevar las cargas, si compartimos lo que somos, podemos y tenemos, si dialogamos con sencillez y franqueza...

Así nuestras comunidades y grupos serán espacios que convoquen desde la fraternidad, el clima de familia, la participación, la sinodalidad, la corresponsabilidad, la interculturalidad, la complementariedad, el trabajo en equipo, la misión compartida... e inviten a quienes nos traten a *'venir y ver'* cuán dulce y gozoso resulta convivir los hermanos unidos.

Atrayentes desde la cordialidad

Quienes conocieron al P. Fundador coinciden en resaltar el perfil atractivo de su personalidad. Unos lo definen como alguien *'afable, atrayente y muy cortés'*. Otros dicen que *'atraía a los que se le acercaban. Tenía imán'*. Son muchos los testimonios que certifican esas afirmaciones y las ilustran con numerosos ejemplos.

Y es que, la espiritualidad de los Sagrados Corazones, vivida con la coherencia del P. Joaquim, también modela desde dentro el modo de ser y de relacionarnos con los demás tanto en la vida comunitaria o familiar como en el trabajo y la misión.

Se trata, por tanto, de una propuesta de humanidad nueva que brota directamente de la contemplación del Dios Amor y se contrapone claramente a la tentación de mostrarnos distantes, huraños, ariscos, malhumorados, rígidos, severos, ásperos, insensibles, antisociales, desabridos...

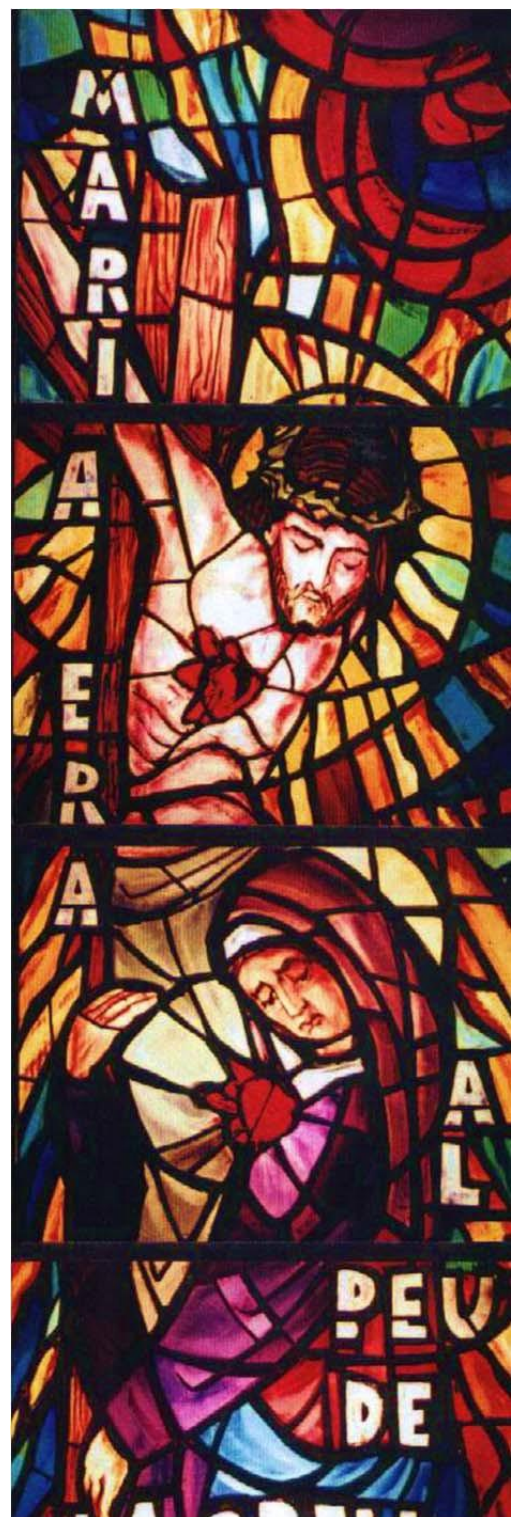
Somos invitados a acercarnos al Corazón *'manso y humilde'* de Jesús y a *'cargar con su yugo'* es decir, a aprender de Él. Atraídos por su llamada nos hemos matriculado en su escuela para hacernos, como el Corazón de María, discípulos y discípulas de sus mismos sentimientos, opciones y actitudes, los que se transparentan en sus palabras y en sus gestos: acogida, empatía, cercanía, escucha, perdón, servicio, ternura, compasión, misericordia...

Nuestro carisma sacricordiano contribuirá a mostrar una Iglesia *'atractiva'* y *'con imán'* si nos situamos en este mundo desde una *'cultura del corazón'*. Una cultura que transforme nuestra mirada sobre la realidad, evitando la condena y tendiendo puentes, una cultura donde las relaciones humanas se fundamenten en la cordialidad y donde todos y todas crezcamos armónicamente y desde nuestro más profundo centro en aquellas dimensiones que nos constituyen esencialmente como personas y como cristianos maduros.

Atrayentes desde la misión

Nuestro nombre nos identifica y nos compromete. Nacimos de una *'elección'* y hemos sido enviados a anunciar la buena noticia de que Dios es Amor. Por eso nos llamamos *'misioneros'*. Pero misioneros *'de los Sagrados Corazones'*. Misioneros de ese fuego que hemos contemplado en el Corazón de Jesús y en el Corazón de María, un fuego que nos *'mantiene unidos'* en torno al hogar de la comunidad y que luego queremos *'extender por todas partes, pegando y encendiendo llamas en todos los corazones'*.

El Señor que nos convoca junto a su Corazón es el mismo que nos encarga *'atraer'* a todos hacia ese *'centro de caridad'*. Nuestra misión no es otra que la que el mismo Jesús encargó a su



Iglesia valiéndose de estas precisas palabras: *“Fuego he venido a encender en la tierra; y qué quiero sino que se encienda”* (Lc 12,49).

Él fue un profeta ardiente que anunció la buena noticia que le quemaba por dentro. Pero el fuego de su Palabra no era el del juicio o la condena, sino el de la misericordia y la compasión de un Dios que viene a reinar desde el amor, liberando a su pueblo del sufrimiento y la opresión.








Nuestro Fundador *‘ardía con el fuego del Amor de Dios’* y ejerció esa misma misión profética de modo *‘atrayente’* y así lo inculcaba a otros tal y como lo declara de él un amigo sacerdote:



“Me parece recordar que en conversaciones íntimas nos manifestaba que en todo habíamos de procurar un atractivo en nuestro ministerio, piadosamente seductor, ut non vituperetur ministerium nostrum” (Testimonio de D. Melcior Massot Planes, Pbro.).

Naturalmente, el secreto de ese *‘atractivo misionero’* consiste en no dejar que ese fuego se enfríe o se extinga, sino más bien en saberlo transmitir a otros. Así lo deseaba el P. Joaquim en vísperas de la Fundación:

“Pidan al Señor que todos seamos un fuego, y que desde este monte lo vayamos extendiendo por toda la isla, y más allá de ella...” (Carta a las Capuchinas, 15-08-1890).

Pienso que nuestra familia sacricordiana podrá contribuir a que la misión de la Iglesia la haga crecer desde la atracción:

-  Si no la confundimos inmediatamente con las mil y una cosas que nos traemos entre manos como si fuésemos los protagonistas egocéntricos y autosuficientes de nuestros *‘montajes’*, olvidándonos de Aquel que nos envía y dinamiza con el fuego de su Espíritu.
-  Si no olvidamos que lo primero es buscar su Reino sin caer en activismos esterilizantes o en profesionalismos que han perdido el sabor y la luz del Evangelio.
-  Si no nos convertimos en *‘funcionarios’* de la Palabra que han dejado de arder por dentro, actúan sólo desde la responsabilidad o la rutina y se conforman con cumplir el expediente renunciando a *‘hacer más’*, procurando por *‘todos los medios posibles la salvación de los hombres’*.
-  Si no nos conformamos con una mera pastoral de conservación que mantiene las brasas de un glorioso pasado pero no sabe cómo transmitir el fuego en una sociedad cambiante y secularizada.
-  Si no nos olvidamos de nuestros orígenes como predicadores populares ni renunciamos a devolver el Evangelio a los pobres.
-  Si somos capaces de revisar nuestras obras para ver si realmente están dando aquella respuesta (*‘competente socorro’*) que el mundo, la Iglesia y los traspasados nos reclaman y nosotros hemos de ofrecer desde nuestra identidad carismática.
-  Si dejamos de gastar tanto tiempo y energías en nuestros propios *‘montajes’* cuando hemos sido llamados para *‘ir y anunciar’*, para ponernos en camino hacia las *‘periferias’*.

-  Si abrimos caminos nuevos y alternativos a la ‘misión compartida’ con los laicos. No para aliviar la sobrecarga de los religiosos, sino para compartir el carisma de los Sagrados Corazones como don que el Señor regala a toda la Iglesia.
-  Si no permitimos que el envejecimiento o la falta de vocaciones que a veces nos angustian tanto nos impidan creer que es posible ‘nacer de nuevo’, movidos por el fuego del Espíritu que nos acompaña e invita a ser a la vez fieles y creativos en nuestro servicio misionero y encarnado en las iglesias locales.

Atrayentes desde el servicio a los traspasados

La mirada hacia el Traspasado nos lleva a contemplar necesariamente a toda persona que, como Él, tiene su corazón abierto y lacerado por la pobreza, la injusticia, la violencia, la exclusión, la persecución, el hambre, la falta de cultura o cualquier otro tipo de carencia deshumanizadora. Situados al pie de la cruz, junto a María, nos sentimos cercanos a todas las víctimas de nuestra historia y dejamos que nuestro corazón se haga vulnerable ante cualquier situación de dolor y sufrimiento.

No podemos sentirnos atraídos hacia el Corazón abierto de Jesús sin percibir, al mismo tiempo, la llamada de los traspasados. Por eso la contemplación de los Sagrados Corazones ha de desembocar necesariamente en una llamada a la solidaridad. Sin eso, la espiritualidad se convierte fácilmente en espiritualismo desencarnado y distante.

El lema ‘*servir al Traspasado en los traspasados*’ quiere traducir así ese servicio a los empobrecidos hacia el que nos lleva una vivencia realmente consecuente de nuestro carisma sacricordiano.

Y pocas cosas embellecen tanto a la Iglesia y la hacen atractiva como su cercanía a los más desfavorecidos. Algo que, por supuesto, pertenece a lo mejor de su tradición y que el P. Joaquim también vivió con intensidad hasta el punto de ser definido como ‘*un santo muy amigo de los pobres*’ que ‘*no sentía otra preferencia que hacia los más necesitados e infelices*’.

Conclusión: Atraídos por el Traspasado

Y acabo haciendo memoria de las palabras de Jesús en el Evangelio de Juan:

“*Y yo, una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*” (Jn 12, 32).

El Traspasado es un potente foco de atracción para quienes se dejan orientar por el Padre (Jn 6,44), saben mirar con fe y descubren detrás de las apariencias de la derrota a Aquel que es la fuente del Espíritu. En Él contemplamos el signo más expresivo del amor de Dios (Jn 3,16; 13,1; 15,13). El agua que brota de su costado abierto es figura del bautismo que nos convoca a todos -religiosos y laicos- en la comunidad cristiana y la sangre de su corazón roto evoca la Eucaristía que nos reúne como familia creyente y alimenta nuestra vida fraterna (Jn 19,34-37).

Los que nos hemos sentido conducidos hacia esa fuente para beber y saciar nuestra sed estamos llamados a convertirnos en manantiales de agua viva para los demás (Jn 7,37). Por eso, el mismo Traspasado se nos muestra también vivo y resucitado, nos enseña sus llagas y nos envía a ser testigos de su Amor con estas palabras:

“Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros” (Jn 20,19).

Al celebrar este año la fiesta de los Sagrados Corazones en el 125 Aniversario de nuestra Fundación pretendemos seguir implicados en esa dinámica espiritual. Queremos sentirnos atraídos y mostrarnos atrayentes desde nuestro carisma cordial. He aquí, a mi entender, lo que podemos aportar para ayudar a la Iglesia a crecer por atracción, tal y como nos lo ha pedido el Papa Francisco. Por eso lo he querido compartir con vosotros.

Aprovecho finalmente para recordaros que el mismo día 14 de junio comenzamos el tercer encuentro presencial del EAG que se desarrollará hasta el 22 de junio entre Lluc y Artajona. En este último lugar celebraremos luego el primer Consejo Ampliado de este sexenio del 23 al 28 de ese mismo mes para concluir con la Semana de Artajona que tendrá lugar entre el 30 de junio y el 3 de julio. Son tres acontecimientos de importante calado congregacional, por lo que os pedimos que nos acompañéis con vuestro interés y vuestras oraciones.

Os saludo fraternalmente en nombre de todo el EAG:



P. Emilio Velasco Triviño, M.SS.CC.
Visitador General.





Para Orar y Compartir

Por si alguna comunidad o grupo desea utilizar esta carta para un día de retiro o de formación ofrecemos algunas pautas para la oración y la reflexión:

Momento personal:

1. Lee la carta contemplativamente, sin prisas, implicando no sólo la inteligencia, sino también el corazón. Déjate 'atraer'. Fíjate en lo que te 'toca' de un modo especial, lo que mueve tus sentimientos, lo que te invita a algún cambio de actitud. Subraya alguna frase con la que te identificas por alguna razón.
2. Detente allí donde encuentres algo que te invita a transformar en oración lo que lees. Ora dando gracias, pidiendo perdón, presentando una necesidad... o simplemente haz un momento de silencio en adoración.

Momento de grupo:

3. Compartimos con el grupo a partir de la lectura/oración realizada en el paso nº 1. También nos podemos ayudar de estas preguntas:

- * ¿Qué experiencia tienes de la 'atracción' de Dios en tu vida?
- * ¿En qué sentido crees que la Iglesia necesita presentarse como 'atractiva' en medio de nuestro mundo? ¿Crees que lo está logrando? ¿Por qué? ¿Crees que nuestra espiritualidad de los SSCC puede ayudar a eso?
- * ¿Qué aspecto, frase, idea de la carta te ha llamado más la atención en la carta? ¿Con cuál te sientes más identificado/a? ¿Por qué?
- * ¿Qué significaría hoy para ti y/o para tu comunidad o grupo ser 'atractivos' desde el desierto, desde la comunidad, desde la cordialidad, desde la misión, desde el servicio a los traspasados? ¿Añadirías otros modos a los señalados por la carta en cada caso?
- * ¿En qué otros aspectos te parece que estamos llamados a ser atractivos a partir de la vivencia de nuestra espiritualidad sacrificial?

Momento de oración:

4. Acabamos con un momento de oración compartida en forma de petición, de alabanza o de acción de gracias a partir de lo reflexionado personalmente y/o de lo compartido en comunidad. Acabamos cantamos un canto adecuado.

